

Presentación del
Diccionario del estudiante

Manuel Seco
Académico asesor del *Diccionario del estudiante*

Me gusta recordar a menudo una página de Gerald Durrell en que cuenta cómo unos niños se encuentran con un loro. Un loro que, al hablar, emplea muchas palabras rebuscadas. Al ver la extrañeza de los niños, se explica: «Lo que estoy haciendo — dice— es sacar a estas palabras a tomar el aire». Los niños no se lo pueden creer: «¿Sacar *a las palabras* a tomar el aire?». Entonces el animal les revela que, en su país, él tiene un puesto muy importante: el de Guardián de las Palabras. De los miles y miles de palabras que tiene el idioma, la gente solo usa día tras día unas pocas y siempre las mismas. «¿Y qué creéis —continúa— que les pasa a las palabras que no se usan? Pues que, si no se las cuida y no se les permite hacer ejercicio, se desvanecen y acaban por desaparecer. En eso consiste mi trabajo: una vez al año tengo que ponerme a recitar el Diccionario, para garantizar que todas las palabras hagan el ejercicio imprescindible. Pero además, en el transcurso del año, procuro utilizar todas las que pueda, porque en realidad las pobres no tienen suficiente con una sola salida anual».

Pues bien: igual que el loro, el *Diccionario del estudiante* que hoy sale a la calle es un Guardián de las Palabras. Su misión va a ser recordar a los muchachos y jóvenes que ahora están en la enseñanza secundaria que existen muchas más palabras que las escasas setenta u ochenta de las que ellos no salen a lo largo del día. Y que las muchas palabras que les faltan les son necesarias para algo tan importante en su vida como expresarse a sí mismos, comprender a los demás y entender el mundo que los rodea.

¿Cuántas, y cuáles, palabras debe conocer un muchacho al término de su paso por el instituto o el colegio entre los doce y los dieciocho años de edad? Como ha dicho Eugenio Coseriu, «el léxico de una lengua es no solo prácticamente infinito, sino teóricamente infinito». Y en verdad, esa es la vertiginosa impresión que nos produce el hojear las páginas de uno de esos grandes diccionarios de 90 000 o más voces. Ante esa inmensidad piensan muchos, como irónicamente ha dicho Alonso Zamora Vicente, que esos diccionarios traen *todo lo que no dice nadie*.

Hay que pensar, pues, en la conveniencia de hacer diccionarios en que los ciudadanos puedan encontrar *todo lo que dice la gente*, sin tener que asustarse ante el cúmulo de las palabras que yacen olvidadas porque nadie las saca a pasear. Por tanto, la labor de componer un diccionario de los que se suelen llamar *prácticos* ha de empezar, sin remedio, por poner puertas al campo: hacer una selección dentro de lo que Coseriu definía como infinito.

Cuando la Academia Española, con el valioso apoyo económico de la Fundación Rafael del Pino, proyectó la publicación de un *Diccionario del estudiante*, la primera preocupación del equipo creado por la Academia para esta tarea fue la de establecer, considerando el perfil de sus destinatarios, la cuantía de las voces seleccionadas y los criterios para la selección. Desde el principio se fijó una meta de unas 40 000 palabras y locuciones, cifra similar a la de los mejores diccionarios extranjeros del mismo nivel, y que al final se ha mantenido, ligeramente superada.

El problema inmediato era determinar qué tipo de léxico debía recogerse. Como la primera condición de un léxico práctico es la de atender al uso más general y extendido, de entrada se decidió prescindir de los usos regionales y locales. Después había de atenderse al uso real más vivo en la lengua de nuestro tiempo, sobre todo en los niveles culto y medio. Para esta operación de filtro fue de fundamental importancia la información suministrada por el nutrido banco de datos léxicos de la Academia. De acuerdo con tales datos, se eliminaron las voces y acepciones cuya vigencia no constase o fuera escasa después de 1975.

El proyecto no preveía solo registrar el español de España, sino el de los demás países hispanohablantes, como es norma en todos los diccionarios académicos. Es cierto que en una altísima proporción, quizá en un 90 por 100, el español europeo y el americano, en un nivel culto y medio, constituyen una esencial unidad. Esta unidad, tesoro de todos nosotros, era muy expresivamente resaltada por el gran lingüista venezolano Ángel Rosenblat, en los mediados del siglo XX: «Al pan lo seguimos llamando pan, y al vino, vino. Por encima [del] fondo común las divergencias son solo pequeñas olas en la superficie de un océano inmenso». Pero esas «pequeñas olas» que decía Rosenblat no podían ignorarse en el *Diccionario del estudiante*, y de ellas —

palabras y acepciones—, tras someterlas a la necesaria selección asistida por el banco de datos, se da debida cuenta en la obra. Para supervisar esta selección se contó con la colaboración de las Academias americanas de la lengua.

No olvidó un momento el equipo redactor que este diccionario es una obra académica, y en consecuencia impuso a las palabras y acepciones como condición para ser acogidas en ella la de que cada palabra y cada acepción estuviese ya asentada en el *Diccionario* académico por excelencia. A cambio, sí tuvo cuidado de no omitir los términos de distintas materias que, utilizados en los programas y libros de enseñanza, constituyen caudal obligado de los aprendices del saber.

Hasta aquí he señalado el método riguroso de selección del léxico como una de las novedades más notables del *Diccionario del estudiante*. Hay otras particularidades que debo exponer en forma más somera, ya no relativas a la colección de voces, sino al contenido de los artículos en que cada una de ellas se estudia.

En un diccionario, la sustancia de cada artículo es la explicación de una palabra. El núcleo de esa explicación es la definición, que a menudo se ramifica en varias acepciones. También aquí actuó la limpieza seleccionadora. Se prescindió de acepciones habituales en los diccionarios corrientes, dejando solo en pie todas aquellas que tienen acreditada su vigencia actual. Y se procuró que todas las definiciones expuestas quedasen claras y concisas. Ahora bien, la precisión de los significados exige muchas veces puntualizaciones acerca del uso, el funcionamiento en la frase o los matices posibles de la palabra en el valor definido. Estos datos, pese a su importancia, suelen estar ausentes en los diccionarios. En este que hoy presentamos se ofrecen estas informaciones complementarias siempre que se ha visto su necesidad. Puede comprobarse esto fácilmente examinando los artículos de muestra que se despliegan en los preliminares de la obra.

Naturalmente, la conocida frase de Voltaire: «Un diccionario sin ejemplos es un esqueleto», ha estado sobrevolando toda la preparación del diccionario. Un ejemplo es una ilustración que redondea en la mente del lector el concepto más o menos abstracto de la fórmula definidora: materializa la palabra sorprendiéndola en plena actividad. En este libro, apenas hay definición que no vaya seguida de uno o varios ejemplos. Estos se

basan de ordinario en la documentación de la base de datos académica; y en el caso de las palabras o acepciones americanas, más aún: son siempre textos auténticos recogidos literalmente de la misma base.

Yo entré desde muy pronto en contacto con el pequeño equipo redactor del diccionario, cuando mi director me confió la misión de asesorar los trabajos de ese nuevo proyecto académico. Durante casi seis años he podido seguir paso a paso el crecimiento de la obra, a través de frecuentes reuniones con la directora del equipo, Elena Zamora. Componer un diccionario con exigencias de calidad y de novedad, de extensión y de tiempo, es una de las tareas más difíciles que se pueden imaginar. Ahora, ya con el libro ante los ojos, felicito de todo corazón a la directora y a sus valientes y abnegados colaboradores por la proeza conseguida.

Manuel Seco

Académico asesor del *Diccionario del estudiante*

Madrid, 15 de septiembre de 2005